



JAIME TORRES BODET

Fotografía de LOLA ALVAREZ BRAVO
México, D. F., 1963

CAPACITACION PARA EL TRABAJO

Dentro del conjunto de los 23 mil 762 planteles sostenidos por la Federación, ha querido usted que se inserte ahora, señor Presidente, un sistema nuevo: el de los Centros de Capacitación para el Trabajo Agrícola e Industrial, instituidos conforme al plan aprobado el 16 de abril del corriente año.

Tal sistema responde al propósito de satisfacer gradualmente una necesidad social que, entre otras, obedece a cuatro razones fundamentales. Aludiré, primero, al crecimiento de la población que termina, con cada ejercicio lectivo, el sexto año de la primaria. Esa población —que era, en 1958, de 231 mil egresados— pasó de 339 mil en 1962. Señalaré, en seguida, el límite todavía exiguo de nuestras posibilidades de inscripción en los establecimientos gratuitos de nivel medio. Por lo que atañe al primer grado de los que administra la Secretaría de Educación Pública, esas posibilidades fueron: 52 mil 795 en 1959; 60 mil 529 en 1960; 66 mil 640 en 1961; 80 mil 711 en 1962 y son, actualmente, 96 mil 946. Me referiré, también, a la urgencia de incorporar a la vida económica del país a millares de adolescentes que —por haber concluido su primera enseñanza y no estar en aptitud de iniciar estudios más elevados— reclaman, para su participación en las tareas colectivas, un mínimo de preparación técnica. Y, finalmente, pero no por cierto en último término, mencionaré el compromiso de ofrecer a los campesinos y obreros que lo deseen una experiencia educativa capaz de dar mayor rendimiento al trabajo que realizan en los surcos y en los talleres.

Según ocurre con todos los nacimientos, el que nos reúne en estos instantes nos conmueve por lo que cumple y, a la vez, por lo que promete. Cumple, en parte, una aspiración que, aunque no siempre formulada con claridad, se advertía en no pocos jóvenes y padres de familia: desorientados aquéllos frente a las dificultades concretas de la existencia, y afanosos éstos por deparar a sus hijos medios de vida más substanciales que los que cabe esperar que posea el niño al salir de un plantel primario.

Muchos veían, como única solución, la admisión del adolescente en alguna escuela de nivel medio. A las secundarias cabales (costosas por sus servicios y difíciles de integrar en términos perentorios), amenazaban sumarse, bajo el impulso de tal creencia, colegios desprovistos de libros, de laboratorios y de talleres. En sus aulas, un magisterio —más o menos improvisado— hubiera podido impartir apenas enseñanzas de índole verbalista, teñidas de hipotético academismo y carentes de contacto eficaz con la realidad.

Resultaba indispensable evitar una proliferación de escuelas decapitadas. Al mismo tiempo —y hasta donde lo autorizaran nuestros recursos— se imponía la obligación de acrecer, como lo hemos hecho y seguiremos haciéndolo, esta-

Discurso pronunciado durante el acto en que el Presidente López Mateos inauguró los primeros Centros de Capacitación para el Trabajo, de acuerdo con el plan aprobado el 16 de abril de 1963.—México, D. F., 1° de agosto de 1963.

blecimientos capaces de aprovechar, por la calidad de sus maestros y de sus instalaciones, los beneficios de la reforma educativa adoptada en 1960. Pero resultaba imprescindible, asimismo, brindar a la juventud perspectivas de rápido aprendizaje. De allí que los establecimientos inaugurados en este día no se presenten como escuelas secundarias disminuidas, sino, franca y honradamente, como talleres-escuela o escuelas-granja. Al lado de los planteles de estructura formal, que continuaremos fomentando, estos centros darán a quienes se inscriban en sus registros una preparación postprimaria de adiestramiento, necesaria hoy más que nunca para obtener y efectuar un trabajo útil.

Si eso es lo que cumplen estos planteles, veamos ahora lo que prometen. Prometen desde luego, para 20 mil jóvenes mexicanos (10 mil en las zonas agrícolas y 10 mil en las industriales), una formación acelerada, merced a cursos de tipo eminentemente práctico y mediante un trabajo intenso.

Por cuanto a los Centros de Capacitación Industrial (de que son ejemplo los cuatro que hoy visitamos) cinco más están ubicados en Guadalajara, León, Minatitlán, Monclova y Monterrey. Todos empezarán sus labores mañana mismo. Otro, construido al efecto por el Gobierno del Estado de Puebla, entrará en funciones —según es de esperarse— antes del fin del año. Conforme a las necesidades locales y regionales, en los Centros a que aludo se darán algunos de los siguientes cursos: *Mecánica, Mecánica Automotriz, Electricidad, Radio, Dibujo Industrial, Albañilería, Carpintería, Soldadura, Fundición, Instalaciones Sanitarias, Cerámica, Tejido Mecánico de Punto y Corte y Confección.*

Además del gasto inicial —que en seguida resumiré— la Federación tendrá que dedicar anualmente más de 17 millones de pesos para remunerar los servicios y cubrir los gastos de operación de todos los centros que he mencionado.

Los trabajos de construcción y de instalación han exigido en total 31 millones 662 mil pesos: dos millones 84 mil para los Centros Rurales (que hubieran costado por lo menos 11 millones, pero que no demandaron esta vez erogaciones de esa cuantía en virtud de que pusimos a su servicio las granjas, el material, los predios y los vehículos de que ya disponían nuestras Brigadas de Educación Agropecuaria) y 29 millones 578 mil pesos para los Centros Industriales, sin contar el valor de los terrenos.

Del total referido, correspondió a la Federación un gasto de 26 millones 287 mil pesos. La diferencia fue cubierta en las proporciones que cito a continuación: 625 mil por el Gobierno de Jalisco y un millón y medio por el de Puebla. Debo expresar, también, mi profundo agradecimiento a los señores diputados que integran la XLV Legislatura al H. Congreso de la Unión, quienes donaron a la Secretaría 500 mil pesos, destinados a dos de los talleres del Centro Industrial que funcionará en Tizapán; al Sindicato Nacional de Trabajadores de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, que nos entregó 250 mil pesos para otro taller en el Centro de Balbuena y al señor licenciado Aarón Sáenz, quien, junto con la Compañía Azucarera de Los Mochis, la Compañía Industrial Azucarera, la Compañía Azucarera del Río Guayalejo, el Ingenio de Tamazula, Seguros Atlas y el Banco de Industria y Comercio, S. A., aportó 2 millones 500 mil pesos para construir y equipar el plantel en que nos hallamos.

Quiero señalar estos hechos como una prueba del interés despertado por el programa del que doy cuenta. Esperemos que otros grupos de hombres de empresa se sientan estimulados por el ejemplo. Tal esperanza no es infundada. En efecto, me complazco en mencionar algunos testimonios significativos. Tanto el señor Antonio Ruiz Galindo como el señor Manuel Suárez y los agricultores sinaloenses han comprobado su voluntad de cooperación. El primero ha ofrecido

medio millón de pesos para instalar, en las inmediaciones de Fortín, un Centro de Capacitación Agrícola. Y los segundos me invitaron a inaugurar, en Culiacán, el 5 de mayo último, el local de un Centro de Adiestramiento para Operadores de Maquinaria Agrícola, dependiente de la Universidad de Sinaloa.

Todo esto, sin duda, es promisorio; pero resulta todavía muy restringido si comparamos lo que estamos haciendo con lo que debe hacerse para el país. Ante la magnitud de lo que falta podrían adoptarse dos actitudes. Una sería de indiferencia y de crítica negativa: puesto que los problemas son tan inmensos, y los recursos materiales tan reducidos, cerremos los ojos en la sombra y dejemos que la historia siga su curso. Otra es de noble inconformidad. Esa es la que juzgamos digna del hombre, sobre todo si es mexicano y, como mexicano, tiene conciencia de que la historia no constituye una triste fatalidad, que los hombres aceptan pasivamente, sino una esforzada empresa, que los pueblos realizan con su entusiasmo, con su denuedo y, cuando es menester, con su intrépida rebeldía.

Existen otros motivos de aliento, que no puedo ni debo olvidar aquí. El Instituto Mexicano del Seguro Social está desarrollando activamente sus talleres de capacitación para la juventud. El Centro Industrial de Productividad continúa con tesón las labores que se ha propuesto en esta materia. Las Secretarías de Industria y Comercio y de Hacienda y Crédito Público, en reciente declaración, señalan a las empresas que se acojan a la exención de impuestos para la fabricación de automóviles y camiones la obligación de organizar cursos permanentes de capacitación en beneficio de sus trabajadores. La de Salubridad y Asistencia, en sus Centros de Salud, favorece y fomenta el trabajo de millares de mujeres de nuestro pueblo. La de Agricultura y Ganadería nos brinda el consejo de sus técnicos y la asistencia de sus instalaciones de investigación agropecuaria. En algunas de éstas, el personal de nuestro sistema de educación agrícola ha podido realizar interesantes estudios de mejoramiento profesional. La Cooperativa de Ejidatarios y Obreros del Ingenio del Mante ha puesto amablemente a nuestra disposición tierras y locales que aprovecharemos en beneficio de la capacitación rural de una zona importante de Tamaulipas. Y tanto la Sociedad Agronómica Mexicana como la Academia Mexicana de Educación me han ofrecido proporcionar la incondicional cooperación de sus miembros para el programa de los Centros Agrícolas. A unos y a otros —y a todos los que nos han ayudado— mi íntima gratitud.

Empezar es siempre difícil; pero hay que hacerlo. Cuando la voz del Padre Hidalgo vibró en Dolores, en la madrugada del 16 de septiembre de 1810, pareció acaso a los oídos de quienes se consideraban más perspicaces, un débil soplo, condenado al silencio por la opresión. Sin embargo, al conjuro de esa voz, acudió la patria.

Sin comparar, por supuesto, con hazaña tan prócer este acontecimiento administrativo, creo sinceramente que habremos de ver en él un dichoso augurio. México avanza, sin errátiles impacencias, pero también sin parálisis destructivas. A la ampliación del sistema escolar —de que dio noticia la exposición presentada el Día del Maestro en el Palacio de las Bellas Artes— se agrega ahora un sistema de aprendizaje para el trabajo que habrá de desarrollarse en la medida en que nos sintamos dispuestos todos a mejorarlo y acrecentarlo. Limitado aún por la dimensión de los medios aprovechables, irá vigorizándose con el tiempo. Y, sin restar importancia alguna a la preparación escolar completa, que anhelamos fervientemente, permitirá consolidar y alentar un desenvolvimiento económico del que, a la postre, dependerá la multiplicación de nuestras escuelas.

Hemos llegado a un extremo en el que se advierte cuán difícil será acele-

rar la evolución educativa de la nación sin aumentar, en proporciones mayores, la productividad de la agricultura y de las industrias. El Gobierno Federal destina ahora casi el 24% del presupuesto de egresos a mantener el servicio de sus escuelas y a ayudar, con crecientes subsidios, a las universidades y a los institutos de enseñanza superior. Muchos de los Gobiernos de los Estados consagran más de la mitad de sus presupuestos a propósitos semejantes. En tales condiciones, si los ingresos no aumentaran con rapidez, el movimiento iniciado en 1921, y singularmente robustecido a partir de entonces, tendría que adaptarse a un ritmo mucho más lento que el que ha sido posible mantener desde 1959. Y ello precisamente en una época en que la población mexicana crece con prisa perturbadora, y durante años en que el prestigio adquirido por nuestro país lo sitúa en un plano —nacional e internacional— de responsabilidades indeclinables.

Ha dicho usted, con razón, señor Presidente, que la paz a la que México aspira ha de ser una paz dinámica y que exigirá tanto heroísmo como la guerra. Esperemos que las organizaciones más representativas de la capacidad creadora de nuestra patria se percaten a tiempo de que las luchas que esa paz nos señala deben ganarse día a día, con el esfuerzo. Y hagamos votos por que —sin estériles egoísmos— contribuyan todas unidas a conseguir, como lo pretenden los Centros inaugurados esta mañana, que las nuevas generaciones se preparen cada vez de manera más efectiva para el trabajo. Para el trabajo, que es garantía profunda de independencia, instrumento magnífico de justicia y valiente promesa de libertad.